

La verdad

DIARIO DE LA MAÑANA, FUNDADO EN 1903

Edita C.M.M. S.A.

DIRECTOR GENERAL: JOSÉ LUIS CASTELLÓ PLANA

DIRECTOR: ADOLFO ROLDÁN FERNÁNDEZ

SUBDIRECTORES: José Carreres Lliso, José García Martínez y Mariano Caballero Carpena.

Redactores jefes: José Sánchez de la Rosa, Pedro Soler Gómez, Ramón Gómez Carrión, Gregorio Bustamante Herráiz, Juan Antonio Calvo Carazo y Joaquín García Cruz

GERENTE: ENRIQUE GARCÍA GALLEGO

Director comercial: Valentín López Escribano

Director técnico: Pedro Segura González

Director administrativo-financiero: Carlos Atienza Fuentes

Editorial

La revuelta cartagenera

LOS sucesos que tuvieron lugar ayer en las inmediaciones de la Asamblea Regional, a cargo de trabajadores de las industrias cartageneras en crisis, consiguieron ahogar los ecos del debate que, sobre los terrenos de *General Electric*, se celebraba en el interior del recinto.

Cartagena fue el escenario de una violencia sin precedentes, que no es sólo un paso más en la espiral que se inició hace unos meses. En esta ocasión, la impotencia y la ira de quienes ven peligrar sus puestos de trabajo se tradujo en actuaciones tan graves, que bien podemos decir que se ha llegado al techo de lo que entendemos por soportable. Un situación semejante, que culmina con el incendio de algunas de las dependencias del edificio que acoge al Parlamento regional, es más de lo que una sociedad civilizada está en condiciones de digerir. Las cosas, esta vez, han llegado demasiado lejos. Y eso es algo de lo que debemos tener conciencia todos —políticos y ciudadanos de a pie— para que, desde una y otra parte, se contribuya a poner el remedio.

Es un tópico, pero tópico verdadero, asegurar que la violencia sólo violencia engendra. Ya lo advertimos desde estas mismas páginas, una vez que ciertas actuaciones de meses pasados empezaban a ir más allá de la mera y legítima manifestación reivindicativa. Cuando las emociones se desbordan y la capacidad de moderación del individuo queda anulada; cuando, además, se actúa junto con otros, de manera que la responsabilidad de lo que pueda ocurrir queda difuminada entre el conjunto, cualquier barbaridad es ya posible. Y esto es lo que conviene evitar, antes de que tengamos que ser testigos —y peor aún, víctimas— de males todavía mayores.

Es preciso reconocer que los trabajadores no han salido a la calle por su propio gusto, sino movidos por el desasosiego que les produce perder su medio de vida y el de sus familias. Sin embargo, el fin que se pretende —y que sin duda es legítimo— no justifica los medios empleados. Pegarle fuego a una institución como la Asamblea —donde se reúnen los representantes que nosotros libremente elegimos— viene a ser lo mismo que incendiar nuestra propia casa. Pero también debemos reconocer que, a la vista de la situación lamentable en que se encuentra la comarca de Cartagena y, sobre todo, después de una huelga general que fue absolutamente pacífica, las autoridades deberían haberse mostrado más diligentes en la búsqueda de soluciones.

No conduce a nada bueno que los políticos se pasen el problema los unos a los otros. Más oportuno hubiera sido que se unieran para acudir como una sola fuerza, sin ninguna clase de fisuras, a las instancias madrileñas, que es de donde han partido las primeras ayudas para la cuenca asturiana.

Este de ayer debería ser, en beneficio de todos, el último y definitivo aviso. Después de este 3 de febrero tan desgarrado, no podrá decirse que la crisis de Cartagena puede arreglarse con demoras y buenas palabras. La lástima es que hayamos tenido que llegar a estos extremos.

En los momentos actuales se impone la reflexión. También es este un argumento que se repite en ocasiones similares. Pero, ¿qué otra cosa mejor cabe hacer? Sólo a partir de la racionalidad puede y debe encararse el problema. Se trata, por tanto, de actuar con suma delicadeza, de tal manera que nadie se sienta provocado por nadie. Ni los manifestantes por la fuerza pública, ni la fuerza pública por los manifestantes.

Los políticos —incluyendo a la Delegada del Gobierno como responsable del orden público—, los dirigentes sindicales y los propios trabajadores deben caer en la cuenta de que, no habiendo soluciones milagrosas, las mejoras sólo han de llegar por la vía de la negociación. Con el añadido, eso sí, de una mejor disposición por parte del Gobierno central.

La política se enrarece



ANTONIO PAPELE

COMO, hasta cierto punto, se vea venir, el debate sobre la corrupción (que, según Aznar, enriquece la discusión política) ha degenerado en un espectáculo tabernario, que alcanzaba el cénit en la conferencia que ha pronunciado Benegas en la tribuna del Club Siglo XXI (permítaseme la expansión: es bochornoso ver blear ante la jerarquía socialista a ciertos derechos de toda la vida en este decadente club, objeto de todas las manipulaciones). El número tres del PSOE, en un tono más propio de una querrela barriobajera que de un análisis intelectual, advertía a Aznar sobre los peligros que puede atraerle el no ser dócil a los dictados socialistas. Semejante actitud sería cómica si no incluyera la subconsciente convicción de que el socialismo, a juicio de algunos conspicuos miembros del aparato, es una especie de *movimiento nacional* que se infiltra en todos los estratos, estamentos, compartimentos y reductos de la vida pública, y también —cómo no— en el primer partido de la oposición.

Tampoco es extraño lo que ocurre: no se puede construir una auténtica dialéctica política con los mimbres de la corrupción, ni recurriendo a la táctica de «y tú más» cuando hay que criticar algún caso concreto de irregularidad. En realidad, la corrupción, salvo en casos de muy altas implicaciones, no tiene demasiada trascendencia en un régimen democrático y de econo-

mía de mercado; ya se sabe que en estos sistemas hay un margen de discrecionalidad que linda con el delito económico, y que siempre hay personajes que cruzan esa frontera movidos por una humana ambición.

Aquí, sin embargo, parece que cualquier pretexto es bueno para que los partidos políticos abandonen la discusión de todo aquello que interesa realmente a los españoles —la sanidad, la educación, la vivienda, los precios, el ocio, la tercera edad y tantas otras cosas— y se disipen en arabescos colaterales de escaso interés. Y así, entre que González se divierte más en el exterior que aquí dentro, y entre que alguien ha dicho a Aznar que la táctica adecuada es el puro desgaste del PSOE, resulta que nadie planea el futuro, que ninguno se para a escuchar las aspiraciones colectivas, que este país funciona por inercia, sin ningún atisbo de imaginación, sin que nadie se preocupe por la innovación, por la modernización.

En otro orden de ideas, han tenido relieve esta semana las organizaciones empresariales y de trabaja-

dores. La gran patronal ha celebrado la Conferencia Empresarial 1992, que ha contado con el patrocinio protocolario de la Corona y que ha sido ocasión de un significativo encuentro —bajo los auspicios de la CEOE— de Aznar y Roca; asimismo, los sindicatos eran dialécticamente vapuleados por el equipo de dirección de Renfe, que les culpa, al parecer con razón, de la honda crisis de la compañía. Un dato resulta especialmente ilustrativo: las organizaciones obreras han convocado 71 huelgas en Renfe durante 1991, de las que se han celebrado 35.

La amenaza de ETA se detenía esta semana, para dar tiempo a sus epígonos a proponer nuevamente la negociación. La negativa se completaba con numerosas detenciones de activistas —algunos de ellos, simples *play boys* que se habían subido al carro mafioso de la organización— y con una gigantesca manifestación en Bilbao organizada por la coordinadora *Gesto por la paz* y respaldada por los firmantes del pacto de Ajuria Enea.

En cualquier caso, la semana ha sido de clara transición, y con un claro tufo preelectoral. Las elecciones de Cataluña, que se aproximan, serán sin duda el prólogo de una larga etapa previa a las generales del 93, en la que la rivalidad adquirirá, si no cunde el buen sentido, dimensiones preocupantes.

El Gobierno y ETA

FRANCISCO MORA

EL Gobierno se ha ratificado en su conocida decisión de no negociar con ETA. Ello parece que ha tenido lugar en una reunión convocada por el propio Presidente en el ministerio del Interior, a la que asistió también el vicepresidente Narcís Serra. No podía ser de otro modo. Lo contrario fuera gollería.

Si alguien esperaba otra cosa es que no tiene la mínima idea de hasta dónde puede llegar un Ejecutivo democrático en su trato con quienes adoptan la vía violenta para tratar de conseguir sus fines políticos. Es algo así como lo que ocurrió con ocasión de la legalización del aborto. Algunos esperaban impacientes la opinión de la jerarquía eclesiástica al respecto. Ninguna institución de rango superior pue-

de ser tan infiel a sí misma como para vulnerar sus principios, en pro del pragmatismo puntual en un momento determinado de su historia. Al menos públicamente. Otra cosa será lo que haga o determine esa institución, en aras de servir sus auténticos objetivos, entre bastidores. A pesar de estas reflexiones, se me antoja que haríamos muy bien en dejar de presionar al Ejecutivo en asunto de tanta trascendencia, para el futuro de nuestro país, como es la posibilidad de acabar con el terrorismo. En particular, quienes nos dirigimos a la opinión pública a través de los medios de comunicación, deberíamos mostrarnos de una exquisitez superlativa. Es el Gobierno quien tiene la tremenda responsabilidad de ofrecernos en bandeja de plata la solución

al problema de la violencia etarra. Y de todas las demás violencias. En consecuencia, no podemos pretender, por un lado, atarle las manos mientras por otro exigimos resultados positivos.

Si actuamos respecto al problema de ETA, que es un problema de la sociedad española, como acostumbremos a hacer con la presencia de la selección española de fútbol en las canchas internacionales, que cada español lleva su alineación en el bolsillo creyéndose en posesión de la única verdad, flaco servicio le haremos a la efectividad de la gestión gubernamental, en el camino de terminar esa lacra que incide sobre la vida ciudadana desde hace tantos años. Retirémonos a deliberar.

Así Lo Vemos

▼ Eguigaray logra realidades

En una época en que abundan las vaguedades, las propuestas y las ideas geniales pero en las que faltan casi absolutamente las concreciones prácticas, Juan Manuel Eguigaray va consiguiendo con tesón realidades tangibles. La reforma de la Administración del Estado y el Pacto Autonómico, aquella en Marcha, éste ya conseguido, son logros que hay que anotar en el haber de este discreto ministro, que avanza sin alharacas pero con eficacia. Quizá deberían tomar ejemplo sus compañeros de Gabinete.



Juan Manuel Eguigaray va consiguiendo con tesón realidades tangibles.

▼ ETA, por la tregua

Un prestigioso diario anunciaba ayer que ETA prepara una tregua de dos meses para formar la negociación con el Estado. Es tentadora la posibilidad de que la *Expo* y los Juegos Olímpicos puedan celebrarse en un clima de paz sin amenazas. Y lo es también dar una salida a esa violencia irracional que nos conmueve.

Repugna la idea de negociar sobre los cuerpos de las víctimas, pero quienes tienen la responsabilidad del Gobierno tienen que conciliar la ética y posibilismo.